

La Iglesia Católica y los destinos de la nación cubana

ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ, ESPACIO LAICAL

1 DE SEPTIEMBRE DE 2011

(1)

Cuba necesita vivir un intenso proceso de ajuste, de reforma, de cambio—como se prefiera llamar. Esas transformaciones deben ser amplias y profundas, si es que deseamos sacar a la nación de las circunstancias en que se encuentra. Las mismas deben implicar una renovación de las estructuras económicas, sociales, jurídicas y políticas, pero también una amplia gestión para promover antropológicamente al cubano (tanto desde el punto de vista educativo y cultural, como espiritual y cívico). Ambas reformas, la estructural y la antropológica, deberán marchar al unísono y desde procedimientos capaces de hacer que ambas se sostengan mutuamente.

Ese camino de refundación deberá realizarse desde una metodología que promueva el libre desarrollo de las potencialidades individuales y, a su vez, una relación positiva, incluso hasta solidaria, entre todas las individualidades. Cuba necesita de mayores cuotas de libertad, pero igualmente de un amplio derroche de fraternidad.

Hemos de tener bien claro que debemos construir nuestras vidas y la de nuestras familias, pero también debemos levantar el edificio de la nación, sin la cual sería muy endeble la estabilidad personal y familiar. Y esto sólo se conseguirá si logramos afirmar un sendero de encuentros y de diálogos, de consensos y hasta de reconciliaciones—en los casos en que ello sea posible.

Es cierto que en todo el abanico de nuestro espectro político-ideológico padecemos de actitudes que dificultan la consecución de ese sendero de refundación, y todos pueden tener razones que justifiquen dichas posturas. Sin embargo, debemos tener claro que si no ponemos el futuro, o mejor dicho, el presente por encima de tantos dolores

Las iglesias cubanas, y muy particularmente la Iglesia Católica, están llamadas a facilitar ese camino hacia la concordia y el progreso nacional.

La Iglesia Católica y los destinos de la nación cubana

que ya no tienen remedio, entonces seguramente también haremos de nuestro presente y de nuestro futuro otro escenario de dolor que no nos conducirá nada más que a mayores sufrimientos. El bien de la nación y el de cada uno de sus hijos, reclama que hagamos del momento actual la hora del encuentro, o el país podrá descender hacia un abismo del cual será muy difícil sacarlo y conseguir el debido equilibrio.

La nación cubana tiene el desafío de diseñar una metodología para que todos sus ciudadanos, afines al gobierno y desafectos a este, residentes en la Isla y en la diáspora, puedan construir juntos—por supuesto que cada uno desde sus posiciones particulares- los destinos del país. En todo el abanico de nuestro espectro político-ideológico también existen personas y grupos con la disposición necesaria y la capacidad suficiente para emprender este proyecto redentor. Existen muchos cubanos no afines al gobierno que aceptan esta metodología. También existen muchos cubanos revolucionarios, incluso autoridades, que en algunos casos meramente aceptan, pero en otros casos llegan a anhelar, una metodología de este tipo. Y lo más importante, hasta donde he podido otear la realidad social de la Isla, creo descubrir que la inmensa mayoría del cubano desea una solución de esta índole.

Según mi criterio, sólo desde una metodología que se fundamente en el encuentro, en el diálogo y en el consenso, será posible refundar las estructuras económicas, sociales, jurídicas y políticas; y -lo más importante- hacer crecer al cubano humanamente, éticamente, cívicamente y espiritualmente. Esto último resultará muy importante, pues sólo desde una robusta espiritualidad será posible incorporar el debido humanismo y la debida ética, para conseguir una nación diversa (porque será muy diversa, quizá más que nunca), pero a su vez integrada armónicamente. Las iglesias cubanas, y muy particularmente la Iglesia Católica, están llamadas a facilitar ese camino hacia la concordia y el progreso nacional.

(2)

La Iglesia Católica en Cuba posee sólidos antecedentes que la legitiman para dicho desempeño. En los momentos en que se pensaba la nación, la Iglesia tuvo un significativo aporte en la generación nucleada alrededor del Seminario *San Carlos y San Ambrosio* de La Habana, quien esbozó los fundamentos de nuestro imaginario nacional, marcó los pilares de la cultura cubana y prefiguró importantes derroteros del decursar histórico. No obstante, y esto también hay que reconocerlo, tras el impacto del poder liberal en España, la Iglesia se enajenó de los procesos nacionales y recibió a la República independiente con una dolorosa extrañeza, que se fue superando en un importante proceso de inserción en las nuevas realidades que le hizo posible conseguir una presencia, activa y con cierta influencia, en la sociedad cubana. Sin embargo, paradójicamente, es en el accionar de la Iglesia en nuestra historia más contemporánea—cuando muchos la consideraban liquidada y llamada a desaparecer- donde, a pesar de todas las insuficiencias, volvió a conseguir la capacidad de acompañar a la nación, a casi todo su universo, en la forja de la misma; gestión en la cual ha promovido el diálogo y el encuentro.

En este sentido fue muy importante la profunda reflexión sobre su misión, y las características de esta en el contexto particular de nuestra sociedad, realizado durante el proceso conocido como Reflexión Eclesial Cubana que duró cinco años y condujo al Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC) en 1986. En el ENEC, uno de los acontecimientos eclesiales más significativo de su historia, la Iglesia abrió las puertas al reconocimiento de una realidad que hasta entonces había considerado ajena, y ofreció nuevamente el camino del diálogo reconciliador como única vía para el aporte cristiano a su sociedad y para el mejoramiento de toda ella en su conjunto. El ENEC representó el regreso de la institución al ámbito social en Cuba, con la disposición de ser una Iglesia muy, pero muy,

...de esta renovación de los fundamentos pastorales de la Iglesia, como era de esperar, comenzó a modificarse las relaciones entre la misma y la sociedad, y hasta con el Estado...

La Iglesia Católica y los destinos de la nación cubana

Evangélica y muy, pero muy, cubana. A lo cual ya nunca debería renunciar, a pesar de las circunstancias, como las que tuvieron lugar en los años más difíciles del llamado Período Especial.

En unas horas verdaderamente duras para la nación, el Episcopado cubano relanzó la antigua y siempre nueva solución última a los males de todo tipo: la necesidad del amor. El histórico mensaje *El amor todo lo espera*, de septiembre de 1993, recordó la urgencia del diálogo entre cubanos, sin exclusiones ni presiones, como salida justa y duradera de la crisis. Se aseguraba que ésta era la salida definitiva de toda crisis y el mejor camino para reconciliarnos con los desafíos futuros que nos imponía el nuevo contexto nacional e internacional. Sin embargo, lamentablemente las circunstancias en el que se publicó este mensaje—primer pronunciamiento público de la Iglesia en muchos años— aún no permitió entenderlo como un resultado de la misión específicamente eclesial, promotora de un encuentro reconciliador más allá de la ideología y los intereses particulares. No obstante los ataques recibidos por este pronunciamiento, la Iglesia continuó con su disposición al diálogo y con su voluntad de construir el amor, la fraternidad, la solidaridad, entre todos los cubanos—como había decidido en el ENEC.

A partir de esta renovación de los fundamentos pastorales de la Iglesia, como era de esperar, comenzó a modificarse las relaciones entre la misma y la sociedad, y hasta con el Estado, aunque durante mucho tiempo esto fuera casi imperceptible y por medio de un proceso difícil—pues no podía ser de otra manera—. La Iglesia empezó a encarnarse cada vez más en la realidad social y cultural cubanas, con las implicaciones políticas que esto conlleva. Por esa razón, en algunos -o en muchos- momentos se generaron tensiones con el Estado. Pero como siempre ocurre cuando las cosas son hechas desde un compromiso verdadero y noble, en medio de dichas crispaciones se iba tejiendo un entramado mutuo de respeto. Es cierto que aún falta mucho por avanzar en este sentido, pero se ha llegado a un punto que ha hecho posible este momento de encuentro y aportación por el bien de Cuba. En la concreción de este clima pudiera ayudar mucho la Iglesia a diferentes sectores de la nación cubana—por supuesto, si ellos estuvieran de acuerdo—. Esto, en mi opinión, es un desafío mayor en el camino para sanear la relación entre actores nacionales con criterios diferentes.

En medio de estos grandes hitos, la Iglesia en la Cuba contemporánea ha impulsado otros esfuerzos reconciliadores y de diálogo, que no han dejado de dar frutos. El interés por servir a necesitados de toda índole, incluyendo la búsqueda de la liberación de los presos políticos y la intercesión por el cese de los penosos actos de repudio, son ejemplos evidentes de esto. Públicas unas, discretas otras, estas gestiones han mostrado una voluntad que la Iglesia ha ofrecido sin reservas.

Por tanto, la Iglesia cuenta con dos instrumentos fundamentales que validan su interés en facilitar las vías para el encuentro entre los cubanos: un mensaje de amor inclusivo y reconciliador que ofrecer y una experiencia, sencilla pero probada, en ofrecerlo, sin olvidar, por supuesto, sus propias limitaciones. También posee otro conjunto de condiciones llamadas a sostener esta gestión, entre las cuales se encuentran: una presencia institucional de siglos en nuestra Isla; redes asociativas que abarcan todo lo largo y ancho del país; un discurso articulado sobre la persona humana, la nación y el cosmos; es pequeña y pobre, pero a la vez unida y libre como nunca antes en su historia, porque no posee vínculos estructurales con ningún centro de poder, dentro y fuera de Cuba.

*En medio de estos grandes hitos,
la Iglesia en la Cuba contemporánea
ha impulsado otros esfuerzos
reconciliadores y de diálogo,
que no han dejado de dar frutos...
incluyendo la búsqueda de la
liberación de los presos políticos...*

(3)

La Iglesia Católica tiene una manera muy particular de realizar esta labor. Su modo propio de hacerlo es trabajar, desde una metodología católica, para que los cubanos se traten como hermanos, eleven el sentido de responsabilidad y de fraternidad, procuren comprenderse y lleguen a consensos. Dicha metodología se fundamenta en un diálogo que sea honesto, pero respetuoso, prudente y bondadoso, que cuando cuestione siempre lo haga de forma que el cuestionado pueda responder de manera positiva. En tal sentido, promueve diálogos en torno a temas espirituales, morales, familiares, culturales, científicos, educacionales, y hasta de política—pero en este caso de una manera muy general, no particular, partidista-.

Esto lo hace la Iglesia en Cuba. Por ejemplo, en la Arquidiócesis de La Habana desarrollan esta labor, por supuesto que cada entidad desde su carisma propio: el Aula Fr. Bartolomé de las Casas, de los padres dominicos, una verdadero espacio de diálogo entre personas con criterios diferentes; la revista *Espacio Laical*, una publicación que tiene como perfil editorial la promoción del diálogo entre cubanos residentes en la Isla o en el extranjero, con el propósito de contribuir a la edificación de la Casa Cuba; las revistas *Palabra Nueva*—madre de las publicaciones católicas habaneras-, *Bioética*—del Centro de Bioética Juan Pablo II-, *Vivarium*—del Centro de Estudios Arquidiocesano-, *Amor y Vida*—del Movimiento Familiar Cristiano-, y *Spes Habana*—del Instituto Padre Félix Varela-; la escuela para educadores, dedicada a formar a los profesores y maestros tanto metodológicamente como en valores; el Centro de Bioética Juan Pablo II; Signis-Cuba (Organización Católica para el Audiovisual); así como el equipo para promover el diálogo entre la Fe y la razón.

Cuando la Iglesia promueve el diálogo en todas esas instancias, no procura imponer su visión de las cosas, sino que todos hagan sus aportes, desde el más amplio respeto a toda la diversidad, y logren conseguir consensos. No obstante, ella también participa—humildemente- con su opinión, para así tratar de contribuir a la formación de una conciencia recta, de una reflexión adecuada, y de un actuar lo más auténticamente humano. La Iglesia en dicho diálogo contribuye con: Jesucristo, la reflexión y la adhesión a la Ley Natural, la Doctrina Social de la Iglesia, una teología y una pastoral de la reconciliación, y la oración (esa herramienta y satisfacción que aporta la fe, mediante la cual nos disponemos nosotros y de alguna manera también disponemos a aquellos por los cuales rezamos, para abrir los corazones hacia una profunda relación con Dios y con el prójimo, inspirados por sentimientos de respeto, confianza, comprensión, estima y amor).

(4)

Sin embargo, dada la esperanza que se ha abierto para muchos a partir del diálogo que se viene dando entre el gobierno y la Iglesia, es especial entre el cardenal Jaime Ortega y monseñor Dionisio García, arzobispo de Santiago de Cuba, y el presidente Raúl Castro, no pocos anhelan que la institución católica amplíe e intensifique dicha labor promotora del encuentro, del diálogo y de la concordia.

Teniendo en cuenta esta demanda, la revista *Espacio Laical* interrogó a un grupo de destacados analistas cubanos, tanto de la Isla como de la diáspora. Los convocados consideran, entre otras propuestas, que la Iglesia debe ofrecer a la nación una espiritualidad profunda y una antropología siempre nueva; enseñar su doctrina social; promover una reflexión nacional sobre cuáles obligaciones morales tenemos los cubanos de hoy hacia aquellos a los cuales legaremos el país; anunciar estructuras de solidaridad; continuar contribuyendo a la unidad nacional; crear un clima nacional de entendimiento y de aceptación del “otro”, que busque revertir la lógica del aniquilamiento del adversario, para que quienes estén

...dada la esperanza que se ha abierto para muchos a partir del diálogo que se viene dando entre el gobierno y la Iglesia...no pocos anhelan que la institución católica amplíe e intensifique dicha labor...

La Iglesia Católica y los destinos de la nación cubana

enfrentados decidan entenderse, al menos mínimamente, y así lograr la armonía imprescindible para prefigurar un futuro que pueda alentar con esperanza a todos cubanos; cooperar en la solución de conflictos y en la construcción conjunta de espacios compartidos; legitimar discursos y políticas acerca de los derechos de la persona humana; ayudar a comprender la mejor manera de reestructurar la economía; establecer programas de ayuda a la familia cubana; atender las necesidades de los grupos más vulnerables de la población; así como facilitar las relaciones internacionales del país. En resumen, proponen la promoción de una espiritualidad, una ética y una práctica de la comunión que se fundamente en una adecuada antropología.

Para promover todo esto, la Iglesia debería estudiar la posibilidad de desarrollar otros instrumentos que pueden ser de valiosa ayuda, como la creación de publicaciones que logren una cierta especialización en temáticas de antropología y espiritualidad, así como en la promoción del diálogo entre criterios diferentes. Mucho pueden ayudar a ese diálogo las publicaciones católicas, siempre que estén dispuestas a ofrecerse para que se pongan en común los diversos criterios de la nación. Esto último, o sea, permitir que se pongan en común los diversos criterios de la nación ha de ser, para una publicación católica, mucho más que la mera expresión de las ideas. Debe constituir una gestión que parta de ahí, de la expresión de las ideas, pero que se ponga en función de estimular la confianza y de lograr consensos que representen un beneficio real para todos.

No obstante, es necesario reconocer que facilitar el estudio de Cuba y de sus posibilidades, demanda una labor que supera la gestión de las publicaciones católicas. También será necesario estudiar la posibilidad de constituir—al menos— una red de entidades, abierta a todos, para juntos poder hacer tal investigación; así como estimular la creación de diversos foros, siempre abiertos, para debatir acerca de la realidad cubana y de sus desafíos. Claro, debemos sentirnos obligados a procurar que esta labor se realice desde actitudes positivas y en virtud de la concordia general. Por otra parte, también hemos de cuidar no sustituir el desempeño de ninguna institución o sector social, pues eso no corresponde a la naturaleza de la Iglesia, sino sólo facilitar que en estos pueda darse el encuentro y siempre se procure el bien de todos.

*...no llegaremos a renovar las
esencias del acontecer nacional
mientras sea imposible la
concertación política-ideológica,
y no creo que el país pueda esperar
mucho para sentir el alivio de una
renovación en sus fundamentos.*

Para lograrlo, será importante también que la Iglesia esté en condiciones de poder desempeñar una gestión mediadora en aquellos momentos de desencuentros, tanto en las investigaciones y diálogos auspiciados por ella, como en el quehacer cotidiano de la sociedad. Para eso debe preparar adecuadamente a todos sus agentes de pastoral, así como cualificar de manera especial a diversas personas y equipos de personas.

(5)

Un ámbito importante, en el cual habrá que trabajar mucho, es la política. La cuestión política e ideológica es un asunto muy sensible entre cubanos. Por ello, no pocos opinan que será mejor ir alcanzando el encuentro por medio de la contribución mutua en otros ámbitos menos peliagudos y dejar este para cuando sea posible. Los que así opinan tienen razón. Sin embargo, aunque se pueda ir avanzando en muchos aspectos, no llegaremos a renovar las esencias del acontecer nacional mientras sea imposible la concertación política-ideológica, y no creo que el país pueda esperar mucho para sentir el alivio de una renovación en sus fundamentos. Por esta razón considero fundamental este aspecto. No obstante, comprendo lo delicado y difícil que resultará, si no facilitamos también un cambio de actitud en relación con dicho asunto.

La Iglesia Católica y los destinos de la nación cubana

El tema de los derechos de la persona humana, o sea, de cuáles deben ser estos derechos y de cómo garantizarlos, suele ser la piedra angular de todo quehacer político—al menos cuando se desempeña desde el sentido común y con un mínimo de patriotismo—. Existen diferencias entre los cubanos acerca de este trascendental asunto y esto los divide. Por esa razón, dada la conflictividad que se ha desarrollado entre muchos nacionales en torno al tema, será muy conveniente comprender que hemos de invertir la dinámica impuesta, por casi todos, para solucionar la cuestión.

Algunos sostienen el principio de que será difícil alcanzar la debida disposición al diálogo, a la comprensión, al respeto y al consenso, si antes no logramos ejercer los derechos que poseemos formalmente, así como alcanzar una mejor formulación de algunos e incluso incluir otros que pueden faltar en nuestro universo de garantías para realizar el bien común. Afirman esto a partir del criterio de que todo el universo de derechos es constitutivo de la naturaleza humana y por tanto nadie tiene que concederlo. Esto, por supuesto, es sólo una verdad a medias.

Es cierto que los derechos son inalienables a cada individuo, pero resulta que por naturaleza también somos seres sociales y por tanto estos derechos no consiguen realizarse si no se reconocen recíprocamente entre todos los miembros de la sociedad, o entre sectores importantes de la misma. De ahí que sea imprescindible comenzar por un camino de acercamiento, de encuentro y de confianza entre todos los que pensamos de manera diferente, si es que deseamos poder llegar a cincelar, de forma verdadera y efectiva, el mejor universo de derechos para los cubanos, así como hacer posible que pueda desempeñarse plenamente. Esto será decisivo, si realmente preferimos solucionar el asunto y no posar—desde la intransigencia— con una posición supuestamente de principios.

Sin embargo, ello podrá ser posible únicamente si todas las partes son capaces de incorporar una conducta política nueva, madura, capaz de reconocer al otro como interlocutor, basada en la voluntad de aceptar la legitimidad de todas las opiniones y el análisis compartido, con el propósito de marchar juntos y alcanzar consensos. Se puede sentir una fuerte hostilidad hacia esta actitud, incluso puede parecer algo imposible; y existen razones que justifiquen estas predisposiciones. No obstante, esta nueva conducta constituye un imperativo para la refundación de la nación.

La Iglesia pudiera ayudar mucho con una gestión que busque facilitar la incorporación de estas actitudes políticas. Sin embargo, podrá lograr poco si los actores políticos, los sujetos más responsables de todas las partes (que son varias), no se abren al mensaje y al desempeño de la Iglesia en esta materia. Por eso, quiero pedirle a estos un discernimiento profundo, capaz de hacerlos comprender que hoy no existe otro camino para ejercer el patriotismo y procurar—al menos de manera factible— el bien de Cuba.

ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

Roberto Veiga González. Matanzas. 1964. Licenciado en Derecho. Actualmente se desempeña como editor de la revista católica habanera *Espacio Laical*, profesor del Seminario *San Carlos y San Ambrosio* de La Habana, vice-coordinador nacional de la Unión Católica de Prensa en Cuba, responsable de la Comisión de Justicia y Paz en la Arquidiócesis de La Habana, así como notario del Tribunal Eclesiástico. Autor de numerosos ensayos y artículos acerca de temas sociales y políticos.